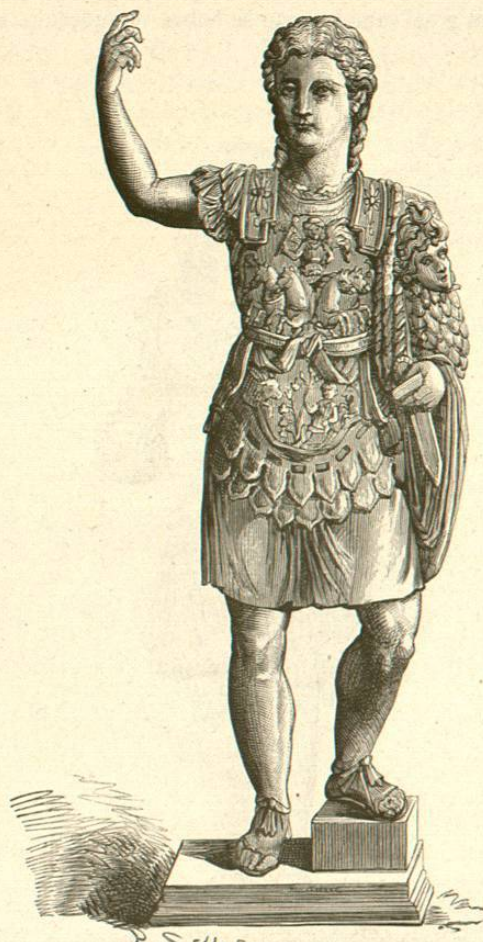


encontraron las huellas del gran desastre, muros medio arruinados de los campamentos, huesos blanqueados, fragmentos de armas y cabezas humanas aun fijas en los troncos de los árboles. Algunos testigos de esta fatal jornada, que pudieron evadirse de la matanza ó de los hierros, mostraban los sitios donde habían perecido los legados, donde se habían perdido las águilas, donde Varo se traspasó con su espada, y los altares en que los bárbaros degollaron á los centuriones.

Las legiones dieron piadosa sepultura á aquellos restos



El joven Cayo (Calígula) (1)

humanos que hacía seis años esperaban del imperio aquellas últimas honras: Germánico llevó la primera piedra para el sepulcro.

Hermann activamente perseguido se batía en retirada, y un día por poco no mete en un pantano á las legiones. Germánico se detuvo á su vez. Volvió luego á Ems y tomó otra vez su flota dejando que la caballería bordeara el Océano y que Cecina con su cuerpo se restituyera al Rin por el camino de los Puentes Largos. Hermann le precedió en él, y mientras los romanos reparaban aquella calzada medio destruída, se lanzó sobre los trabajadores, introdujo el desorden en sus filas, y por la noche, desviando las aguas de las montañas vecinas, las dirigió al estrecho espacio donde acampaban los romanos.

(1) Museo de Nápoles. Bella estatua de bronce encontrada en Pompeya, en 1824 (*Museo Borbónico*, t. V, p. 26). Cayo, calzado de cáligas, de que procede su sobrenombre, está vestido de clámide, sobre la cual lleva la égida con cabeza de Medusa. Los adornos de plata de su coraza representan el carro del Sol, calentando la tierra, que se ve debajo de él, entre los signos Tauro y Aries. Se ha visto aquí una alegoría que recuerda el episodio referido en el texto, episodio que pasó en el mes de abril.

La noche fué horrible: legionarios y germanos, todos recordaban el bosque Teutberg, en otro tiempo visitado, y Cecina creyó ver en sueños á Varo, que surgía ensangrentado del fondo de los pantanos, que lo llamaba y le tendía la mano para arrastrarlo consigo á su lecho fúnebre.

El día trajo el combate: «¡Es aún Varo! exclamaba Hermann. Ved sus legiones!» Y al mismo tiempo se precipita sobre las cohortes, que no pueden tomar el orden de batalla en aquellas fangosas tierras. Los bárbaros asestan á los caballos para aumentar el desorden: el de Cecina cae muerto y el viejo soldado, que contaba cuarenta campañas, hubiera también caído en manos del enemigo sin el vigoroso esfuerzo de la primera legión.

La avidez de los asaltantes salvó al ejército romano, y mientras ellos pillaban el bagaje, pudo ganar Cecina un terreno descubierto y sólido. Por la noche se repartieron algunos víveres manchados de lodo y sangre. Y veis aquí que un caballo escapado se lanza á través de los grupos derribando é hiriendo á algunos hombres. Creyendo que los germanos han sorprendido el campamento, se intimidan los soldados y se precipitan sin armas hacia la puerta Decumana. Y de suyo hubieran ido á ofrecerse inermes á los golpes de los bárbaros, si Cecina que no los podía contener ni con su autoridad ni con sus ruegos, no se atravesara en la puerta cerrando el paso con su cuerpo. Los soldados no se atrevieron á pasar por encima de su viejo y respetable general.

Llegada la mañana, distribuye á los más bravos los caballos de los centuriones y de los tribunos y hasta los suyos y luego mantiene silenciosamente sus tropas detrás de las trincheras. Los bárbaros avanzan, llenan el foso y toman las estacadas. En este momento, resuenan todos los clarines y todas las puertas se abren: ya en aquel firme suelo encuentran los legionarios todas sus ventajas y muy luego el enemigo huye á la desbandada.

El camino del Rin quedaba abierto y el rumor de un nuevo desastre cunde á orillas del río. Con esto se quería cortar el puente por donde se esperaba á Cecina; pero Agripina se opuso, y á la llegada de las tropas ella misma salió á recibirlos, elogió el valor de los soldados, distribuyó medicamentos á los heridos, ropas y socorros á los que lo habían perdido todo; conducta digna, pero inusitada, que Seyano presentó como culpable.

Sorprendido Germánico por las grandes mareas y las tempestades del equinoccio, había corrido él también peligro. Esta desgraciada campaña costaba pues muchos hombres y casi todo el bagaje. El sepulcro elevado á Varo estaba ya destruído; los huesos de las legiones, otra vez más profanados, blanqueaban rotos y dispersos por el suelo; un antiguo altar erigido en honor de Druso fué también derribado y los bárbaros tenían sitiado uno de los fuertes construídos á la margen del Lippe.

Era pues necesaria otra expedición para humillar la confianza de los germanos y el prestigio que iban ganando sus armas. La Galia, Italia y España repararon sin demora las pérdidas del ejército. Se construyeron mil navíos de guerra y Germánico embarcó sus tropas, después de haber fortificado el valle del Lippe, que penetrando en el corazón de la Germania occidental, daba los medios de poner á raya á las tribus vecinas. Por el Océano y el Ems, ocho legiones ganaron las orillas del Weser, que pasaron á vista de los queruscos; mientras los bárbaros, por demás confiados en su arrojo, reunían sus fuerzas en la llanura de las Hadas, Idistaviso (2).

(2) Grimm (*Deutsche Mythologie*, p. 372) cree que el lugar se llama

En este terreno favorable la superioridad de las armas y de la disciplina dió á los romanos una victoria completa. Hermann no pudo escaparse, sino abriéndose paso con su caballo y su espada y la cara teñida de sangre para no ser reconocido. A pesar de sus heridas arrastró á su pueblo á otra segunda batalla, que fué otra carnicería más horrible aún: todo un día estuvieron los romanos matando bárbaros, y luego elevaron un trofeo con esta inscripción: «El ejército de Tiberio César, victorioso de las naciones asentadas entre el Elba y el Rin, consagra este monumento á Marte, á Júpiter y á Augusto.»

Esta vez quedó borrada la mengua de las armas romanas: Tiberio no quería otra cosa, y así, volvió el ejército



Germánico armado de coraza (1)

victorioso á la Galia, mitad por tierra, y la otra mitad á bordo. Una tempestad de muchos días rompió y sumergió parte de la flota: algunos barcos fueron á dar en las costas de la Bretaña; otros encallaron en playas desconocidas y los bárbaros pudieron así cautivar á muchos de los vencedores de Idistaviso.

A estas noticias se agitó en gran manera toda la Germania. Pero Germánico reunió sus tropas, dió golpes repetidos á los catos y á los marsos, que se dejaron arrebatar una de las águilas de Varo, y sorprendidos de tanto valor los bárbaros, no se atrevieron á entorpecer la marcha de las legiones hacia sus cuarteles de invierno (16 de J. C.).

maba Idistaviso, de Idisi, hada. Es la llanura que se extiende á la orilla derecha del Weser, entre las ciudades actuales de Hausbergen, Mittekenhausen, etc.

(1) Museo de Letrán. Se encontró esta estatua en Cervetri, en 1839, con las siete de los demás miembros de la familia imperial, á saber: César, Livia, Tiberio, Druso, Agripina, Claudio y Británico.

Germánico encontró allí cartas de Tiberio, que lo llamaba á Roma para el segundo consulado y el triunfo. Germánico pedía el plazo de un año, prometiendo acabar en pocos meses con los bárbaros. «Puesto que el honor de Roma está vengado, contestó el emperador, más vale abandonarlos á sus rivalidades y á sus guerras intestinas: así reduje yo á los suevos y á su rey á darnos la paz. Por otra parte, si vuelven á romperse las hostilidades, ¿no conviene dejar á Druso algunos trabajos y acaso la única ocasión de ganar él también el título de imperator?»

Tiberio creía buena esta política para el imperio y para su casa; pero no le conviene á Tácito, que prepara ya su trágica narración de la muerte de Germánico: conoce las razones secretas que no daba el emperador, y describe con fruición la noble resignación del general victorioso, que penetrando las sospechas del príncipe, dejó el teatro de su gloria y sus legiones que ahora más que nunca le eran afectas y devotas.

Cuando Germánico proponía á Tiberio someter la Germania, tenía razón, y Tiberio cometió una torpeza oponiéndose á esta empresa. Los verdaderos aldeaños del imperio eran, no las márgenes del Rin, sino las del Elba, donde el primer Druso, el mismo Tiberio y Germánico habían penetrado, y que Domicio había pasado. Conquistada la Galia hacía setenta años, se hacía rápidamente romana, y convenía darle por baluarte la Germania latinizada. El Asia y sus nómadas penetran en Europa por una llanura inmensa, que contorneando los Carpates y los montes de Bohemia, se prolonga hasta el Rin, por donde la invasión se hizo. Si la civilización, dueña de la gran fortaleza de Bohemia, cuyo pie baña el Danubio, enfrente de los Alpes austriacos, que las legiones ocupaban, se hubiera también establecido fuertemente detrás del Elba, la defensa habría sido fácil. Esta línea de ríos y montañas, que desde el Adriático hasta el mar del Norte, corta el continente, detuvo más tarde á los eslavos (2), á los mogoles y á los turcos, y hubiera detenido á los hunos. El empuje de estas hordas fieras, que no pudieron tomar en la alta Italia ni en la Galia más que una parte pequeña de tierras civilizadas, se hubiera roto contra la Germania cubierta de poblaciones romanas y defendida por poderosas plazas fuertes.

Después de la derrota de Hermann y de Marbod la ocupación de este país no era un empeño superior á las fuerzas del imperio, cuya fortuna hubiera cambiado la victoria. Perdida la ocasión, no vuelve á encontrarse, sino al cabo de ocho siglos, cuando Carlomagno puso para siempre término á las invasiones orientales, forzando á las naciones germánicas á entrar en su nuevo imperio de Occidente. Pero entraron después de la gran ruina, sin haber sido tocadas siquiera por el espíritu de Roma; de modo que han conservado hasta los tiempos modernos su rudeza nativa y aquella cultura particular, el *germanenthum*, tan diferente de la civilización de las razas latinas.

Sin embargo, en Roma gobernaba Tiberio con prudencia. Se le acusaba de haber dejado morir á Julia de miseria y de haber hecho matar á un amante de su mujer, á Sempronio Graco, relegado hacía catorce años en la isla de Cercina (3),

(2) Hacia el año 650, los tcheques ocuparon la Bohemia y todavía están allí; pero acaso no hubiesen entrado en aquel país, si los romanos lo hubieran tomado. La frontera del Danubio y del Rin tenía un desarrollo de unos 4,000 kilómetros. De las montañas de Bohemia al mar del Norte, siguiendo el valle del Elba, sólo hay 600.

(3) Tácito (*Ann.* I, 53) traza de este Graco un triste retrato. «No hacía de su elocuencia sino un uso perverso. En vida de Agripa corrompió á Julia y su obscuro adulterio deshonoró la casa de Tiberio. No cesó de inflamar el odio de Julia contra su esposo y se le consideraba

mas para un romano, esta dureza no era un crimen ni mucho menos. En pleno foro, viendo un quidam pasar un cortejo fúnebre, hubo de encargar al muerto en alta voz que dijera á Augusto que no se había cumplido su última voluntad repartiendo sus legados testamentarios como era razón. Súpolo Tiberio y continuó la broma. En efecto, dió al quidam su parte y lo envió luego al suplicio diciéndole: «Ve á referir las cosas á Augusto más exactamente.» Esto sería cruel, si fuera cierto; pero no me atrevería á asegurar que muchos en aquel tiempo encontrarán malo el chiste. En el país donde se echaban vivos los hombres á las murenas, ¿cuántos no hubieran dado la vida de un pobre diablo por un chiste?

Fuera de esto, Tiberio rechazaba los honores, los templos



Livia Augusta en traje de la Abundancia (1)

que se le ofrecían, vedaba que se jurara por su nombre ó por su fortuna, que se le llamara Padre de la patria, señor ó amo, que se hablara de sus ocupaciones *divinas* y desdeñaba las bajas lisonjas del senado, como hombre que sabía muy bien lo que valían. Se quería dar su nombre al mes de su nacimiento: «¡Bah! exclamó, ¿y qué haréis cuando tengáis trece emperadores?»

Su vida era sencilla, la de un rico particular, y sus maneras, sino afables, á lo menos políticas. Se levantaba ante los cónsules, les enviaba la mayor parte de los negocios, y en todas las cuestiones consultaba con el senado, aceptando la contradicción, el veto de los tribunos y hasta las lecciones que á veces le daba «la libertad moribunda.» Un Marcelo,

como el autor de las virulentas cartas que escribía á Augusto contra él. Augusto, dice Tácito (*Ann.* III, 24), condenó al destierro ó á la muerte á todos los cómplices de su hija y de su nieta; y da cuenta (II, 85) de un proceso intentado contra un marido por no haber castigado los desórdenes de su mujer.

(1) Estatua del museo del Louvre.

antiguo gobernador de Bitinia, fué acusado de concusiones y de palabras injuriosas é infames. Esta vez se indignó Tiberio y quiso tomar la palabra. «Opinaré, dijo, y en alta voz. — Pero ¿en qué orden? preguntó un senador. Si hablas antes que nosotros, dictas nuestras opiniones; y si después, tememos que nuestro parecer difiera del tuyo.»

Tiberio guardó silencio y dejó que el senado absolviera. Algún tiempo después, prohibió que se persiguiera á nadie por palabras dichas contra él ó contra su madre. «En un Estado libre, decía, la lengua y el pensamiento deben ser libres.» Y como insistiera el senado en su empeño de conocer en esta clase de delitos: «Tenemos, repuso, tenemos demasiados negocios graves de qué tratar para cargarnos de esos asuntos despreciables. Si abris esa puerta á las acusaciones, no tendríais ya otra cosa que hacer, y con este pretexto se servirían de nosotros para satisfacer todas las enemistades.»

Cierto Pisón, acre censor de su tiempo, quejábale un día de las intrigas del foro, de la corrupción de los jueces, de la crudeza de los oradores, etc., y declaró que iba á ausentarse de Roma y á ocultar su vida en algún rincón de la tierra lejano y desconocido. Y en diciendo esto, salió del senado.

Tiberio procuró al principio suavizar con buenas palabras aquella fiera virtud; después recurre á los ruegos, y llama finalmente en su ayuda á los deudos de Pisón para impedir su marcha. Este mismo Pisón citó otro día en justicia á la favorita de Livia en demanda de una cantidad que le debía. Todo el mundo se asombra, y dándose por ofendida la emperatriz, exige de Tiberio que se castigue la insolencia. Excúsase el emperador hablando de la justicia, de la ley, del respeto y obediencia que se les deben; mas por conservar la paz con Augusta acaba por prometerle que él mismo abogará por su amiga. Sale, en efecto, del palacio á pie y sin escolta, anda lentamente, se detiene además á departir con los que encuentra y con esto prolonga el camino y el tiempo.

Entre tanto, se despacha el asunto en el tribunal: los abogados hablan, los jueces condenan y Livia envía la cantidad reclamada. Si rehusaba Tiberio una injusticia á aquella imperiosa y severa madre, á quien respetó hasta la última hora de su larga vida, ¿estaría más dispuesto á tener con otros más miramientos?

Gustaba de las liberalidades que tenían un motivo justificado, y fué virtud que conservó mucho tiempo. Un antiguo pretor solicitaba salir del senado en razón de su pobreza y Tiberio le dió un millón de sestercios. Otro hubo de arruinarse en la construcción de un camino público y de un acueducto, y el emperador le pagó estos gastos. Fonteyo ofrecía á una hija suya para sustituir á una vestal; Tiberio no aceptó el sacrificio, sino que le constituyó una dote por valor de un millón de sestercios.

El nieto del orador Hortensio, sacado ya de la miseria por Augusto, volvió á caer en ella y mendigaba un nuevo socorro: el emperador se lo negó (2). Tácito le hace de esto un crimen; yo, por mí, se lo alabo; y el mismo historiador se ve obligado á añadir refiriendo otras pruebas de prudente munificencia: «En general no aceptó legados más que de sus amigos, rechazando los que le venían de personas desconocidas.» Pero si socorría la pobreza honrada y virtuosa, no tenía piedad para la que provenía del libertinaje, de la prodigalidad, del vicio, como pasó con Varrón, Mario Nepote,

(2) Sin embargo, por atención al senado dió 200,000 sestercios á cada uno de los cuatro hijos de este noble mendigo (Tácito, *Ann.* II, 38).

Apio Apiano, Sila y Vitelio, á quienes expulsó del senado.

Este testimonio con que Tácito hace honor á la justicia, no impide al parcial escritor echar en cara al príncipe hasta su buen sentido. El Tíber se desborda y anega sus orillas, y el senado no encuentra otro remedio que consultar los libros sibilinos; Tiberio envía ingenieros para estudiar las causas y efectos y proponer los medios de evitar tales daños. Tiene razón, pero el historiador lo acusa, con gran magnificencia de palabras huecas y sonoras, de querer que todo sea misterio en las cosas divinas y humanas.

Un hombre jura por Augusto y jura en falso; y se le persigue no por su improbidad, sino por el desacato contra el divino Augusto. «A los dioses toca, dice Tiberio, castigar los perjuros y vengarse á sí mismos.»

Quejase del lujo, que se lleva al extranjero los tesoros del imperio. Sin embargo, cuando se reclama contra aquellos reglamentos suntuarios que no produjeron nunca nada, los rechaza, pero recomienda á los ediles la policía más severa, y lo que valía aún más, da él mismo el ejemplo de la sencillez, haciendo servir en su mesa hasta en los días de fiesta las viandas que sobraron la víspera.

Si permitió con su silencio, en un asunto que fué ruidoso, que el veto de un tribuno triunfara de la autoridad del senado, y si continuó los trabajos de su predecesor para el ornato de Roma, no tuvo sin embargo cobardes condescendencias con el pueblo. Augusto consideraba como un deber asistir á todas sus diversiones y á esto debía en parte su popularidad; Tiberio despreció tales medios y dejó que el pueblo se divirtiera solo. Y todavía restringió el gasto de los juegos; disminuyó la paga de los actores, prohibió á los senadores ir á casa de los pantomimos y á los caballeros andar con ellos en público. Los histriones no pudieron dar representaciones fuera de la escena, y un senadoconsulto invistió al pretor del exorbitante derecho de condenar al destierro al espectador turbulento. Habiendo ocurrido desórdenes en el teatro, desterró á los jefes de las facciones rivales, como también á los actores que habían sido causa del tumulto, y no cedió nunca á las instancias del pueblo para que les levantara el destierro.

De todas las diversiones de la multitud, las más vivas eran las atelanas y los combates de gladiadores: Tiberio reprimió la licencia de las unas y no permitió los otros sino muy rara vez. Y hasta, si hemos de dar fe á Tácito, que sin duda olvidó sus resabios, reconvenía á su hijo Druso por manifestar demasiada alegría á vista de la sangre.

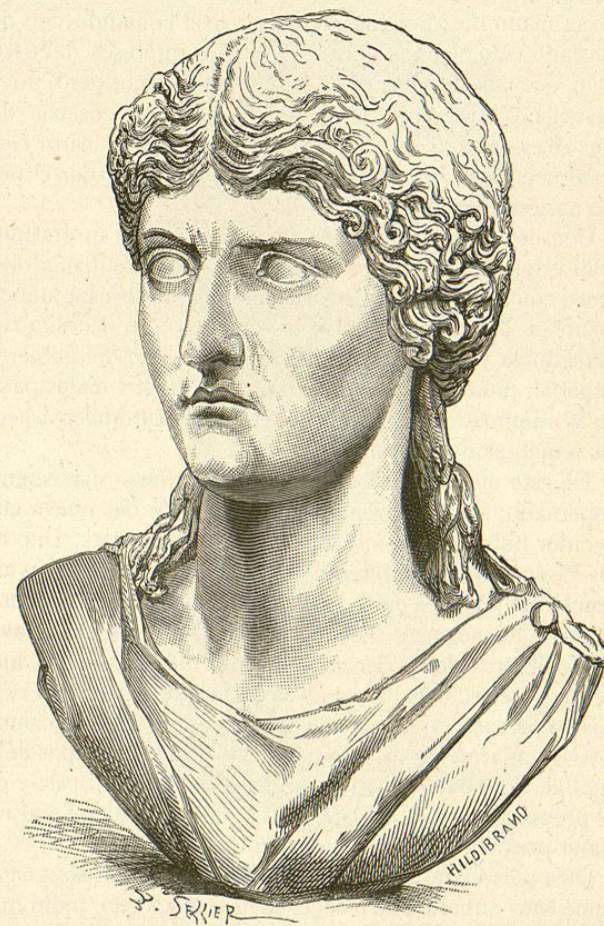
Hubiera querido también extirpar la superstición, que crecía al compás que declinaba la religión oficial. Desterró á los magos ó hechiceros, hizo precipitar á uno de ellos de la roca Tarpeya y ejecutar á otro «á la manera antigua.» También expulsó de Roma á los sacerdotes egipcios y judíos, y á todos sus sectarios.

La multitud clamaba contra el impuesto de la centésima sobre las rentas; y Tiberio que había introducido en las rentas estricta economía, contestó que el tesoro militar no tenía otros fondos; pero más tarde, cuando nadie pensaba en ello, redujo el impuesto á la mitad: el tributo de Capadocia, que era ya una provincia, llenó el déficit.

El año 19 hubo de encarecerse el trigo y vino la escasez y el amago del hambre: Tiberio hizo lo que nosotros no hemos sabido hacer por la primera vez, sino en el mal año de 1853; mantuvo el trigo á bajo precio para los compradores é indemnizó á los traficantes pagándoles la diferencia.

Roma estaba siempre amenazada del hambre desde que «la vida del pueblo romano estaba á merced de los vientos y de las olas.» Y en efecto, trasformada Italia, sobre todo alrededor de la capital, en jardines de recreo y arruinada

por la concurrencia de los trigos extranjeros, no podía ya mantener á sus habitantes. Para reanimar la agricultura, reprodujo Tiberio una ley de César que obligaba á los ricos á emplear una parte de su fortuna en bienes territoriales. Los caminos no estaban aún seguros: él multiplicó los puestos militares y reprimió severamente todo acto que comprometía el sosiego público. Los habitantes de Polencia hubieron de arrancar por fuerza á los herederos de un personaje, cuyo cortejo fúnebre pasaba por la ciudad, la suma necesaria para un combate de gladiadores. Tiberio envió sin demora dos cohortes, que entraron en la ciudad espada en mano: muchos decuriones y notables fueron reducidos á prisión de la cual no salieron nunca. El emperador recordaba así á



Agripina (busto del museo Campana) (1)

todos los municipios del imperio que eran responsables de los desórdenes que no reprimieran ó castigaran.

Los soldados que habían inaugurado aquel reinado con una sedición no tardaron en comprender que tenían un soberano al cual no se le podía regatear la obediencia. Tiberio les retiró las concesiones que al principio les hiciera: el tiempo de servicio para llegar á situación de retiro volvió á ser de veinte años y aun así rara vez se daba el título de veteranos. Más tarde, en una época en que había necesidad de poder contar con los pretorianos, se opuso á que se les concediera tomar asiento en el teatro en los bancos de los caballeros, y reconvinó agriamente al autor de la proposición arguyéndole de intentar corromper aquellas groseras inteligencias y destruir la disciplina.

Para las legiones dobló los legados de Augusto; pero fué la única gratificación que obtuvieron de él. Después de la muerte de Seyano, sólo las legiones de Siria recibieron al-

(1) Escamps, *Descrip. des marb.*, núm. 66.

mas para un romano, esta dureza no era un crimen ni mucho menos. En pleno foro, viendo un quidam pasar un cortejo fúnebre, hubo de encargar al muerto en alta voz que dijera á Augusto que no se había cumplido su última voluntad repartiendo sus legados testamentarios como era razón. Súpolo Tiberio y continuó la broma. En efecto, dió al quidam su parte y lo envió luego al suplicio diciéndole: «Ve á referir las cosas á Augusto más exactamente.» Esto sería cruel, si fuera cierto; pero no me atrevería á asegurar que muchos en aquel tiempo encontrarán malo el chiste. En el país donde se echaban vivos los hombres á las murenas, ¿cuántos no hubieran dado la vida de un pobre diablo por un chiste?

Fuera de esto, Tiberio rechazaba los honores, los templos



Livia Augusta en traje de la Abundancia (1)

que se le ofrecían, vedaba que se jurara por su nombre ó por su fortuna, que se le llamara Padre de la patria, señor ó amo, que se hablara de sus ocupaciones *divinas* y desdénaba las bajas lisonjas del senado, como hombre que sabía muy bien lo que valían. Se quería dar su nombre al mes de su nacimiento: «¡Bah! exclamó, ¿y qué haréis cuando tengáis trece emperadores?»

Su vida era sencilla, la de un rico particular, y sus maneras, sino afables, á lo menos polílicas. Se levantaba ante los cónsules, les enviaba la mayor parte de los negocios, y en todas las cuestiones consultaba con el senado, aceptando la contradicción, el veto de los tribunos y hasta las lecciones que á veces le daba «la libertad moribunda.» Un Marcelo,

como el autor de las virulentas cartas que escribía á Augusto contra él. Augusto, dice Tácito (*Ann.* III, 24), condenó al destierro ó á la muerte á todos los cómplices de su hija y de su nieta; y da cuenta (II, 85) de un proceso intentado contra un marido por no haber castigado los desórdenes de su mujer.

(1) Estatua del museo del Louvre.

antiguo gobernador de Bitinia, fué acusado de concusiones y de palabras injuriosas é infames. Esta vez se indignó Tiberio y quiso tomar la palabra. «Opinaré, dijo, y en alta voz. — Pero ¿en qué orden? preguntó un senador. Si hablas antes que nosotros, dictas nuestras opiniones; y si después, tememos que nuestro parecer difiera del tuyo.»

Tiberio guardó silencio y dejó que el senado absolviera. Algún tiempo después, prohibió que se persiguiera á nadie por palabras dichas contra él ó contra su madre. «En un Estado libre, decía, la lengua y el pensamiento deben ser libres.» Y como insistiera el senado en su empeño de conocer en esta clase de delitos: «Tenemos, repuso, tenemos demasiados negocios graves de qué tratar para cargarnos de esos asuntos despreciables. Si abris esa puerta á las acusaciones, no tendríais ya otra cosa que hacer, y con este pretexto se servirían de nosotros para satisfacer todas las enemistades.»

Cierto Pisón, acre censor de su tiempo, quejábale un día de las intrigas del foro, de la corrupción de los jueces, de la crudeza de los oradores, etc., y declaró que iba á ausentarse de Roma y á ocultar su vida en algún rincón de la tierra lejano y desconocido. Y en diciendo esto, salió del senado.

Tiberio procuró al principio suavizar con buenas palabras aquella fiera virtud; después recurre á los ruegos, y llama finalmente en su ayuda á los deudos de Pisón para impedir su marcha. Este mismo Pisón citó otro día en justicia á la favorita de Livia en demanda de una cantidad que le debía. Todo el mundo se asombra, y dándose por ofendida la emperatriz, exige de Tiberio que se castigue la insolencia. Excúsase el emperador hablando de la justicia, de la ley, del respeto y obediencia que se les deben; mas por conservar la paz con Augusta acaba por prometerle que él mismo abogará por su amiga. Sale, en efecto, del palacio á pie y sin escolta, anda lentamente, se detiene además á departir con los que encuentra y con esto prolonga el camino y el tiempo.

Entre tanto, se despacha el asunto en el tribunal: los abogados hablan, los jueces condenan y Livia envía la cantidad reclamada. Si rehusaba Tiberio una injusticia á aquella imperiosa y severa madre, á quien respetó hasta la última hora de su larga vida, ¿estaría más dispuesto á tener con otros más miramientos?

Gustaba de las liberalidades que tenían un motivo justificado, y fué virtud que conservó mucho tiempo. Un antiguo pretor solicitaba salir del senado en razón de su pobreza y Tiberio le dió un millón de sestercios. Otro hubo de arruinarse en la construcción de un camino público y de un acueducto, y el emperador le pagó estos gastos. Fonteyo ofrecía á una hija suya para sustituir á una vestal; Tiberio no aceptó el sacrificio, sino que le constituyó una dote por valor de un millón de sestercios.

El nieto del orador Hortensio, sacado ya de la miseria por Augusto, volvió á caer en ella y mendigaba un nuevo socorro: el emperador se lo negó (2). Tácito le hace de esto un crimen; yo, por mí, se lo alabo; y el mismo historiador se ve obligado á añadir refiriendo otras pruebas de prudente munificencia: «En general no aceptó legados más que de sus amigos, rechazando los que le venían de personas desconocidas.» Pero si socorría la pobreza honrada y virtuosa, no tenía piedad para la que provenía del libertinaje, de la prodigalidad, del vicio, como pasó con Varrón, Mario Nepote,

(2) Sin embargo, por atención al senado dió 200,000 sestercios á cada uno de los cuatro hijos de este noble mendigo (Tácito, *Ann.* II, 38).

Apio Apiano, Sila y Vitelio, á quienes expulsó del senado.

Este testimonio con que Tácito hace honor á la justicia, no impide al parcial escritor echar en cara al príncipe hasta su buen sentido. El Tíber se desborda y anega sus orillas, y el senado no encuentra otro remedio que consultar los libros sibilinos; Tiberio envía ingenieros para estudiar las causas y efectos y proponer los medios de evitar tales daños. Tiene razón, pero el historiador lo acusa, con gran magnificencia de palabras huecas y sonoras, de querer que todo sea misterio en las cosas divinas y humanas.

Un hombre jura por Augusto y jura en falso; y se le persigue no por su improbidad, sino por el desacato contra el divino Augusto. «A los dioses toca, dice Tiberio, castigar los perjurios y vengarse á sí mismos.»

Quéjase del lujo, que se lleva al extranjero los tesoros del imperio. Sin embargo, cuando se reclama contra aquellos reglamentos suntuarios que no produjeron nunca nada, los rechaza, pero recomienda á los ediles la policía más severa, y lo que valía aún más, da él mismo el ejemplo de la sencillez, haciendo servir en su mesa hasta en los días de fiesta las viandas que sobraron la víspera.

Si permitió con su silencio, en un asunto que fué ruidoso, que el veto de un tribuno triunfara de la autoridad del senado, y si continuó los trabajos de su predecesor para el ornato de Roma, no tuvo sin embargo cobardes condescendencias con el pueblo. Augusto consideraba como un deber asistir á todas sus diversiones y á esto debía en parte su popularidad; Tiberio despreció tales medios y dejó que el pueblo se divertiera solo. Y todavía restringió el gasto de los juegos; disminuyó la paga de los actores, prohibió á los senadores ir á casa de los pantomimos y á los caballeros andar con ellos en público. Los histriones no pudieron dar representaciones fuera de la escena, y un senadoconsulto invistió al pretor del exorbitante derecho de condenar al destierro al espectador turbulento. Habiendo ocurrido desórdenes en el teatro, desterró á los jefes de las facciones rivales, como también á los actores que habían sido causa del tumulto, y no cedió nunca á las instancias del pueblo para que les levantara el destierro.

De todas las diversiones de la multitud, las más vivas eran las atelanas y los combates de gladiadores: Tiberio reprimió la licencia de las unas y no permitió los otros sino muy rara vez. Y hasta, si hemos de dar fe á Tácito, que sin duda olvida sus resabios, reconvenía á su hijo Druso por manifestar demasiada alegría á vista de la sangre.

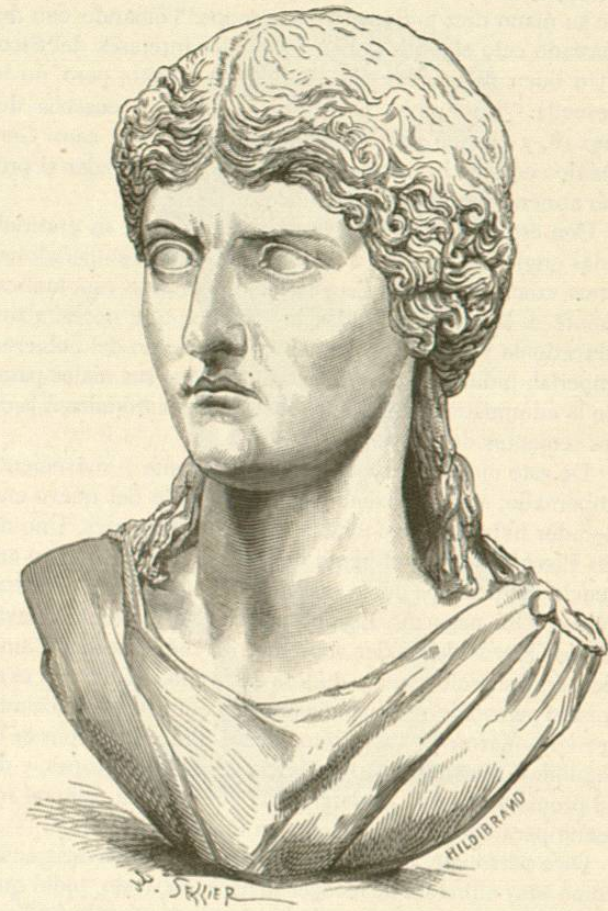
Hubiera querido también extirpar la superstición, que crecía al compás que declinaba la religión oficial. Desterró á los magos ó hechiceros, hizo precipitar á uno de ellos de la roca Tarpeya y ejecutar á otro «á la manera antigua.» También expulsó de Roma á los sacerdotes egipcios y judíos, y á todos sus sectarios.

La multitud clamaba contra el impuesto de la centésima sobre las rentas; y Tiberio que había introducido en las rentas estricta economía, contestó que el tesoro militar no tenía otros fondos; pero más tarde, cuando nadie pensaba en ello, redujo el impuesto á la mitad: el tributo de Capadocia, que era ya una provincia, llenó el déficit.

El año 19 hubo de encarecerse el trigo y vino la escasez y el amago del hambre: Tiberio hizo lo que nosotros no hemos sabido hacer por la primera vez, sino en el mal año de 1853; mantuvo el trigo á bajo precio para los compradores é indemnizó á los traficantes pagándoles la diferencia.

Roma estaba siempre amenazada del hambre desde que «la vida del pueblo romano estaba á merced de los vientos y de las olas.» Y en efecto, trasformada Italia, sobre todo alrededor de la capital, en jardines de recreo y arruinada

por la concurrencia de los trigos extranjeros, no podía ya mantener á sus habitantes. Para reanimar la agricultura, reprodujo Tiberio una ley de César que obligaba á los ricos á emplear una parte de su fortuna en bienes territoriales. Los caminos no estaban aún seguros: él multiplicó los puestos militares y reprimió severamente todo acto que comprometía el sosiego público. Los habitantes de Polencia hubieron de arrancar por fuerza á los herederos de un personaje, cuyo cortejo fúnebre pasaba por la ciudad, la suma necesaria para un combate de gladiadores. Tiberio envió sin demora dos cohortes, que entraron en la ciudad espada en mano: muchos decuriones y notables fueron reducidos á prisión de la cual no salieron nunca. El emperador recordaba así á



Agripina (busto del museo Campana) (1)

todos los municipios del imperio que eran responsables de los desórdenes que no reprimieran ó castigaran.

Los soldados que habían inaugurado aquel reinado con una sedición no tardaron en comprender que tenían un soberano al cual no se le podía regatear la obediencia. Tiberio les retiró las concesiones que al principio les hiciera: el tiempo de servicio para llegar á situación de retiro volvió á ser de veinte años y aun así rara vez se daba el título de veteranos. Más tarde, en una época en que había necesidad de poder contar con los pretorianos, se opuso á que se les concediera tomar asiento en el teatro en los bancos de los caballeros, y reconvino agriamente al autor de la proposición arguyéndole de intentar corromper aquellas groseras inteligencias y destruir la disciplina.

Para las legiones dobló los legados de Augusto; pero fué la única gratificación que obtuvieron de él. Después de la muerte de Seyano, sólo las legiones de Siria recibieron al-

(1) Escamps, *Descrip. des marb.*, núm. 66.